

Capítulo 6. Conociendo Montreal

Horas más tarde, De Paso estaba en la furgoneta que usaban para viajar los que no conducían moto en la manada. Pronto partirían y él estudiaba los mapas de carretera buscando los puntos de conexión y abastecimiento que sabía que la mano negra tenía distribuidos por los estados de Georgia, Virginia, Maryland, Pensilvania, Nueva York y Vermont. Había que cruzar medio país para llegar a Montreal. Medio país controlado por sus enemigos de la camarilla, aunque por suerte para ellos, su destino se encontraba en el linde entre EE.UU y Canadá.

Lo más frustrante, era que habían estado mucho más cerca en su reciente visita a Nueva York y ahora tendrían que volver sobre sus pasos de nuevo. La vez anterior, habían viajado desde México DF hasta Nueva York y no hubo una sola noche sin percances. Pero esto no había sido un verdadero problema hasta que fue preciso volver a recorrer los estados por los que habían pasado en sentido opuesto para viajar a Atlanta. En este último viaje, el rastro que habían dejado a la ida, ya estaba siendo investigado tanto por policías locales como por el buró federal y demás fuerzas controladas por la Camarilla, y las dificultades se multiplicaron. Así que esta vez habrían de ser más cuidadosos, ya que, después de lo sucedido en Atlanta, seguramente, el enemigo habría movilizado todos sus recursos para cortar las comunicaciones y vías de escape a través del país y así bloquear el avance del Sabbat. Por no hablar de que en las televisiones locales empezaban a correr rumores acerca de una banda de asesinos mexicanos, probablemente de la mafia, que recorría las interestatales dejando un rastro de cadáveres y destrucción a su paso.

El templario era posiblemente el único de la manada que se preocupaba un poco de estos asuntos. Encargarse de la seguridad, hacía que tuviera que mezclarse algo más que sus cofrades en los tejemanejes de los mortales. Una tarea que no era nada apreciada entre los sabbat ya que, se decía, que el andar mucho en asuntos del ganado te hacía terminar pensando como el ganado. Los vampiros de la camarilla, sin ir más lejos, caían una y otra vez en este pecado, siendo vistos por los otros cainitas como débiles versiones de la especie, inferiores moralmente y estancados en su pasado humano de corta duración. Más De Paso se consideraba un vástago sencillo. Erudito, pero sin ínfulas de superioridad. Pensaba que el que los humanos fueran caducos no les convertía, por ende, en seres inferiores moralmente. De hecho, muchos mortales conseguían vivir más años que la mayoría de los cainitas del Sabbat, por mucho que estos fueran 'inmortales'. En todo caso, el inusual tzimisce, se guardaba muy mucho de compartir estas ideas con sus compañeros de manada. Todos ellos, incluyendo a la

gentil Atram, o Lilith, como quería que la llamasen ahora, despreciaban al ganado y le considerarían casi un traidor, solo por pensar así. Era evidente que el Sabbat no carecía de fanatismo en muchos aspectos, pero De Paso se encontraba a gusto en la secta y esto se debía en mayor medida a su relación con el cardenal Strathcona.

- ¿Qué te dijo? – La voz de Lilith le sacó de sus pensamientos. Por un momento recordó que no estaba solo.

- ¿Qué?, ¿Quién? –

-El Cardenal, ¿Qué te dijo cuando te llevó a parte? –

De Paso entornó los ojos y puso cara de intentar recordar. – Ehm, no me recuerdo si me pidió la receta de la yuca flambeada o la del Papillón. – La pequeña broma le hizo gracia y no pudo reprimir una sonrisa pícaro, pero la borró cuando se dio cuenta de que a Lilith no le cambiaba la expresión. Continuaba seria y decidida, apretando los carnosos labios - Anda, che, sonreí. ¿Qué pasó, cambiaste el nombre y se esfumó la alegría? –

- ¿Te dijo algo de mí? –

- ¿Que si me dijo algo de vos? ¡Carajo, si me dijo! Por poco me revienta las pelotas por lo de la gárgola. ¿Qué te preocupa, linda? Sabés que el cardenal te aprecia, ¿cierto? Vos misma viste el rapapolvo que le echó a Pantera y el resto. –

-Entonces, ¿Por qué ya no habla conmigo? ¿Por qué no me lleva a mí a un aparte? ¿Es porque soy mujer? ¿O es que duda de mi lealtad? –

La noche anterior, después de hablar con todos, el cardenal había apartado a De Paso para hablar con él. Aquello no pareció preocupar a ninguno de sus cofrades ya que todos conocían la especial relación que los unía, anterior a que fuese fundada la manada. Pero por lo visto, de nuevo, algo se le había escapado.

-Mirá linda, el cardenal es un tipo muy ocupado y aparte tendrá sus manías de antiguo. Que sí, que yo mismo creo que tenés razón, que debe ser un poco machista y así. Ya se sabe que las costumbres antes...pues eran lo que eran. Yo mismo, a veces, sin ir más lejos, vos ya sabés.

Pero dudar de ti no. Eso nunca. Si..., si sos su ojito derecho, su hijita, su tesorín. – El tzimisce se acercó a la taumaturga y la cogió de las manos mientras decía esto último haciendo pucheros e intentó hacerla sonreír de nuevo esta vez con algo más de suerte.

Para tranquilizarla, De paso le relató algunas de las cosas que Strathcona le había contado sobre la arzobispo de Montreal. Resultaba que había sido el mismo cardenal el que la recomendó en el pasado para el puesto, imponiéndola por encima de candidatos mucho más poderosos o influyentes. La eligió, según le explicó, con una intención estrictamente política, para que mantuviera unidas y en equilibrio a todas las facciones que allí pugnaban por gobernar. Y era una mujer, así que, aunque en apariencia el cardenal pudiera actuar de manera poco cuidadosa a ese respecto, claramente consideraba a las cainitas tan preparadas y útiles como a sus contrapartidas masculinas. Al fin y al cabo, la inmortalidad les otorgaba a todos, el poder de crear nuevos miembros de la especie por igual.

Carolina Valez, era una lasombra, ductus de una de las mandas de guerra más notorias de los Estados Unidos, Los Ángeles Perdidos. Aunque en este caso. Su notoriedad había sido, casi por completo, negativa. La suya, fue una de las pocas cofradías que sobrevivió a la batalla perdida por la ciudad de Los Ángeles. Uno de los estigmas que más habían dolido en la secta. No solo por la derrota sino, más bien, porque ni siquiera se había perdido contra su eterno y poderoso enemigo, la Camarilla, sino contra unos subestimados vástagos, que, contra todo pronóstico, habían conseguido independizarse de ambos bandos, creando un estado de autogobierno por ellos proclamado Anarquista. Esta herida seguía abierta y seguramente, Valez, pese a su cargo, que llevaría ostentando unos cuantos años ya, tendría que escuchar chismorreos al respecto en multitud de ocasiones.

- ¿Quedaste más tranquila? Pues sabé que me dijo que los temas sobrenaturales de los que nos habló, con los que trataba su amigo, el chino ese. Esos los llevarías vos. Que confiáramos en vos, que vos sabrás resolverlos, etcétera, etcétera. Y que, por tanto, me cuidara de que no te ocurriera nada. –

-La próxima vez que le vea yo misma hablaré con él, quiera o no. Desde que soy Lilith, hay cosas que me he dado cuenta que otros no pueden resolver por mí. - Con estas palabras, la tremere antitribu se despidió y salió al exterior tras darle unas palmaditas en el brazo al templario.

De Paso, se quedó pensativo. El caso es que realmente, Lilith parecía otra. No siempre, no en todos los aspectos. Pero había una nueva personalidad que en ocasiones se dejaba ver y que lo intrigaba sobremanera. Al poco, el tzimisce se volvió a sumergir en los mapas y sus planes de seguridad pues, en unas pocas horas, partirían hacia su nuevo destino.

Despertó de pronto, nada más desaparecer el sol. El sueño al que había estado sometido durante las horas diurnas no lo había dejado descansar. Eran Lupinos, de eso no había ninguna duda. Pero el hecho de que corretearan desnudos bajo aquella extraña luz mortecina, no ayudaba a aclarar el significado de las pesadillas que llevaban repitiéndose en las últimas jornadas. El viaje estaba resultando más tranquilo de lo que el templario había esperado. Ya habían desandado el camino hasta Nueva York, aunque esta vez, siguiendo sus propias recomendaciones, habían decidido no atravesar los estados de Carolina del Norte y del Sur, siguiendo la 85 hasta Petersburg y cogiendo la 95 que atravesaba la capital, Baltimore y Filadelfia, lo que les llevaría más directos hasta la ciudad como tal, sino que se desviaron más hacia el Norte, por el parque nacional Cherokee y siguieron la 81 atravesando Pensilvania hasta Siracusa, en la zona más septentrional del estado de Nueva York, donde acaban los grandes Lagos. Aquello les había evitado el problema con los mortales y la camarilla, pero entonces llegaron los sueños.

De paso se levantó y comprobó que todo estuviera cerrado. El resto aún dormía. La furgoneta de Silver Rockets, era como un hogar itinerante. Por el día parecía una tartana abandonada, siempre en un lugar al resguardo del astro rey. Normalmente, el tzimisce se cuidaba de desmontar las ruedas, para que no pudiera ser desplazada, a veces la tumbaban simulando un viejo accidente que ya a nadie le importaba o simplemente la aparcaban en lugares no transitados. Era lo suficientemente grande como para que cupieran los seis cainitas, incluyendo las dos cajas de madera con tierra que él mismo y La Bestia utilizaban. Aunque el resto usaba simples sacos de dormir, eso sí de materiales ignífugos y anti radiación solar, los tzimisce se veían abocados, por una debilidad propia de su clan, a descansar en tierra transportada desde su lugar de origen. A este respecto, era más inteligente, utilizar cajas. En realidad, un pequeño puñado en los bolsillos era suficiente, pero la posibilidad de quedarse sin ella y soportar varios días sin poder pegar ojo hasta conseguir un poco de tierra de la Pampa Argentina en su caso o de la viaja Transilvania en el caso de su hermano de clan, llegaba a ser tan insoportable, que les obligaba a ir como caracoles, transportando su caparazón. Por eso, era especialmente un hogar para ellos dos y una caja fuerte. Lilith siempre iba con ellos en la furgoneta, pero el resto de los miembros de la manada prefería viajar en moto. Pantera, Lupus

y Quatemoc, montaban tres viejas Harleys, lo suficiente poco cuidadas por fuera como para no llamar la atención, pero su motor y fiabilidad estaban en perfectas condiciones, debido al cuidado que el templario ponía en su habitual mantenimiento y revisión. Aunque siempre lo disfrazaba con lo importante que resultaba la seguridad del transporte en una manada itinerante, en realidad, el gusto por las customs era otro de los pecadillos que De Paso guardaba de su vida como mortal.

En todos los vehículos de la cofradía podía verse una serigrafía con las letras SR en plata, al estilo de las bandas de moteros que pululaban por todo Norteamérica. Esto les ofrecía una coartada y un disfraz, pero en realidad, no era poco común esta moda entre las manadas itinerantes de la secta, lo que podía explicar el origen de muchas de estas costumbres entre los mortales.

La noche anterior, antes de despuntar el alba, habían parado en la zona de descanso de la 81 pasado Siracusa, en unas colinas cercanas a los grandes lagos, con vistas al lago Oneida. El lugar estaba siempre vacío en aquella época del año. El tzimisce retiró las persianas y cartones y abrió la puerta trasera con un ruido chirriante. El resto pareció despertarse con el alboroto.

- ¡Malditio puienteh lefadiso oxidado! Canallias sierviles, ¿A quién foy a diescuartisarrrr hoy porr priviarme diel suenio die loss jussstosss? –

-Despierta vejestorio, estamos en el otro continente, dos siglos o tres más tarde, aunque tu sigas durmiendo en tu mohoso ataúd. – Lupus parecía de buen humor, como casi siempre.

-Tenemos que seguir viaje, queridos cofrades. Y cuanto antes. Este páramo abandonado estará libre de curiositos mortales y espías camarilla, pero mi instinto me dice que no somos bienvenidos por estos lares. - De paso comenzó a colocar las ruedas a la furgoneta mientras hablaba y el resto comenzaba a prepararse para partir.

Pantera se le acercó y le habló en voz más baja: - ¿Has vuelto a soñar con nuestros amigos peludos? – Estaba colocando su claymore bañado en plata en la Harley.

-Exactamente como cada noche pelotuda que andamos por este territorio. ¿Y vos? –

Pantera miraba hacia las alturas de los oscuros montes circundantes con preocupación. – Lo mismo. Creo que nos observan. Que nos acechan. Pero no entiendo por qué no nos atacan. –

-Ah, ¿pero vos pensás como la loca hechicera, cierto?, que realmente esos pulgosos se meten en nuestros sueños y nos hablan. Como espíritus conchudos que nos vigilan y nos torturan contándonos sus penas por los bosques y los animalitos y toda la vaina esa de Gaia. Los sueños son deseos inconscientes que no se quieren reconocer, che, son símbolos, ya lo dijo Freud. Tenemos miedo, pero somos Sabbat y no podemos mostrarlo, por tanto, soñamos con ellos. Estamos en territorios agrestes y pensamos que están ahí... pero a lo mejor no. –

-Están cerca. Lo único que sé es que nos odian. Y que si no nos atacan es por alguna razón. Espero que sea porque son ellos los que nos tienen miedo. – Era obvio para el templario que Pantera no creía en lo que decía, pero era la única explicación que cabía dar a los demás como ductus.

-Lupus – Pantera habló en voz alta esta vez para que le oyeran todos mientras se preparaban para partir. - ¿Cómo era esa canción... la que hablaba de la frígida Toreador a la que le gustaba hacérselo con mea arbustos? –

- ¿Un chuchito en mi chochete?, ¡qué buena! Aouuuuuuuuuu. –

La oscuridad de la noche invadía ya todo el cielo cuando la cofradía partió cautelosa pero animada por la canción del gángrel antitribu. Antonio De paso, dirigió la furgoneta tras las tres negras motocicletas durante unas cuantas horas por la carretera que recorría el extremo oriental de los grandes lagos en dirección Norte, hacia Canadá. Pasaron Watertown y dejaron la 81 para coger la secundaria 11 por Gouverneur, Canton y Postdam y no atravesar aún la frontera y continuaron el resto de la noche hacia el Este hasta Champlain, donde la 87 subía desde Plattsburgh. A partir de ahí, entrarían en Canadá por la 15, una zona marcada por la Mano Negra como territorio amigo. El templario meditó al volante si aquellos sueños habrían sido cosa de la imaginación, provocados por el miedo. Eran muy vívidos, y en realidad, los cainitas ya apenas soñaban, salvo en raras ocasiones. El caso es que, el resto de la jornada, no fueron molestados y salvo en el paso por la frontera, en el que siguieron a pies juntillas las indicaciones del Cardenal para librarse de problemas, nadie más se dignó a fijarse en ellos.

Pero una hora antes del amanecer, una moto se cruzó en su camino llegando a Montreal y cambiando de sentido, con un impresionante derrape, les dio alcance y les indicó por señas que se echaran a un lado. Tras unas cuantas señas Sabbat, efectuadas por el motorista y Quatemoc, la tensión se relajó un poco. Aquel personaje, que en un principio le había parecido

al tzmisce fugazmente, un policía canadiense, resultó ser, por el contrario, un nosferatu antitribu enfundado en cuero negro, con gafas y con un pequeño casco, similar eso sí, al que usaban los agentes. Era impresionante lo que un buen nivel de la disciplina ofuscación podía hacer con una mente despistada. Tras la ilusión y las gafas, una cara, casi cadavérica, dejaba asomar la horrenda visión de un rostro sin nariz ni orejas articulando las palabras.

-Saludos hermanos. – El nosfe, que llevaba dos escopetas enfundadas a los lados de su moto policiaca, esperaba con la luz encendida a que los miembros de Silver Rockets desmontaran de sus vehículos. – Mi nombre es Polidori y por lo que veo, parece que seré el encargado de daros la bienvenida a nuestra ciudad, si sois tan amables de presentaros y darme las razones de esta inesperada pero seguro que enriquecedora visita. - El templario advirtió que su interlocutor, no perdía detalle de los movimientos de cada uno de ellos y que se mantenía siempre a una distancia segura de sus armas y su motocicleta, por el momento. Era obvio que aún había cautela en su proceder, aunque sus palabras fuesen de una amabilidad y hospitalidad impecables.

Fue Pantera el que habló, adelantándose a cualquier posible torpeza de alguno de sus cofrades:

- Saludos hermano. Mi nombre es Pantera. Somos la cofradía de México llamada Silver Rockets y aceptamos la hospitalidad que nos ofreces con la urgencia y necesidad del pronto amanecer, lo que no nos permite extendernos mucho en el motivo de nuestro viaje. Resumámoslo en un interés ineludible en conocer la cuna de los valores de nuestra honorable secta y admirar de primera mano algo de lo que todo el mundo habla. –

El lasombra había alertado al resto de que el Cardenal fue muy específico al dar instrucciones sobre lo que debían decir y lo que no cuando arribasen a la ciudad de los milagros eternos. No quería que descubrieran sus cartas antes de tiempo, pues si los cainitas de Montreal conocían que los peones de Strathcona andaban husmeando, podían no estar dispuestos a actuar y hablar como si lo hiciesen con unos visitantes ocasionales.

El tal Polidori, pareció reflexionar unos instantes. - Todo el mundo, ¿eh? No sabía que en México supieran una mierda de lo que se cuece por estas latitudes.

-No viajamos desde México hermano Polidori. Somos una manada nómada. Nuestra casa es la carretera y nuestro destino es siempre incierto. Vamos allí donde nuestro corazón sabbat nos lleva. Venimos, por cierto, de librar una Cruzada por la secta. No hace mucho que salimos vencedores contra la camarilla en la ciudad de Atlanta. Y nos han dicho que en vuestra ciudad se escriben las hazañas de nuestros hermanos, así como nuestra historia. –

-Si eso es cierto. Y voy a dar por sentado que lo es. Entonces no hay más que decir. A parte de que no nos daría tiempo a llegar con garantías al refugio comunal de la ciudad, así que os voy a conducir a uno que tengo cerca de aquí, en las afueras. Pasaremos el día en él y mañana, al anochecer, yo seguiré mi camino y vosotros el vuestro. –

Los refugios comunales eran habituales en las ciudades sabbat. En aquellos lugares, cualquier miembro de pleno derecho de la secta podía descansar durante las horas diurnas y habitarlos durante las nocturnas. Pero las normas y funcionamiento de cada urbe, dependían de las costumbres de sus cofradías y la diligencia del arzobispo que la regentara. Por otro lado, las manadas eran libres de tener refugios propios en otros lugares, encargándose por sí mismos de su seguridad y mantenimiento. De Paso, por cierto, solía ser también el encargado de este asunto en Silver Rockets y siempre debía pensar como trasladar los enseres de la furgoneta a los sitios que él mismo había elegido, cuando dejaban su nomadismo temporalmente.

Justo cuando la claridad comenzaba a iluminar el cielo y las estrellas empezaban a desaparecer, Polidori los introdujo en una gran nave, desprovista de ventanas, que se hallaba aparentemente abandonada en un viejo polígono industrial. Aquel día, tardaron en irse a dormir, pues la compañía del cainita les resultó grata y la conversación interesante. Tras la Vaulderie de rigor, junto a una pequeña lámpara alógena, De paso sintió como el nosferatu antitribu irradiaba lealtad hacia la secta y a sus valores y hacía honor a sus hermanos como pocos de los que hubiesen conocido de un tiempo a esta parte. Por eso, cuando al anochecer del siguiente día separaron sus caminos, el templario sintió una punzada de tristeza y deseó un temprano próximo encuentro con aquel individuo tan peculiar.

-Dirigíos directamente al refugio comunal, por donde os he indicado y habladle a Valez sobre Atlanta. Decidle que habéis tratado conmigo. Las cosas andan algo turbias en estas últimas noches y Montreal no es tan acogedor como lo era antaño. Además, los espías de la camarilla pueden esconderse en cualquier esquina, pues las tensiones internas han hecho descuidar la

seguridad. Espero que volvamos a encontrarnos pronto Silver Rockets, tengo la impresión de que nuestros caminos no tardarán en cruzarse de nuevo.

Media hora después, la furgoneta y las motocicletas arribaban a su destino. Las calles de Montreal le sugerían a Antonio De Paso una suerte de impresiones contrastadas. Toda aquella modernidad tecnológica junto a la majestuosidad de sus templos e iglesias. Los grandes barrios de los negocios empresariales frente a la arquitectura más europea de sus centros culturales y religiosos. La gran mayoría de la polis, se situaba sobre una isla, rodeada por el río San Lorenzo, pero a diferencia de otras urbes norteamericanas, el centro de la ciudad era fácilmente accesible a través de un sinfín de carreteras y puentes que confluían como los radios de una rueda hacia su corazón. Y en el centro mismo de la isla, Mount Royal, la montaña que le da el nombre y su luminiscente gran cruz de neón. Por lo que De Paso sabía, la cruz original había sido colocada allí durante la epifanía de 1612 por un tal Paul de Chomedey de Maisonneuve, uno de los líderes de la primera colonia francesa del lugar. Se contaba que el tal Chomedey había subido hasta la cima con la cruz a cuestas, como agradecimiento a Dios por salvar Ville-Marie -nombre de la colonia en aquella época- de una inundación ocurrida durante la festividad de la Navidad. Pero de aquella cruz poco se sabía a día de hoy. La nueva fue colocada en la Navidad de 1924, según ponía en la guía de viaje que había podido hojear, y cambiaba sus luces blancas que lucía todo el año por otras moradas en Cuaresma.

Siguiendo las instrucciones de Polidori, no tardaron en encontrar la entrada principal al refugio comunal, en una antigua iglesia incendiada, situada entre dos viejos edificios y aislada por una valla de madera. Por supuesto, también se podía acceder desde los túneles del metro y el alcantarillado, pero como nuevos en la ciudad, la recomendación del nosfe antitribu, les había parecido la acertada.

El Templo de los Eternos Suspiros, se hallaba bajo un parque, en pleno centro de la ciudad, lo que a De Paso le parecía la localización más inteligente. Típico de Strathcona. El refugio era, según había escuchado decir, un gigantesco mausoleo subterráneo, de construcción exquisita. Una Necrópolis llena de grutas, criptas y catacumbas excavada bajo la urbe, por un antiguo arquitecto Toreador Camarilla al que raptaron para la tarea. Aunque el tzimisce no recordaba el nombre del pobre artista en aquel momento, si recordaba el rumor de que se le había encerrado con su obra, a la manera de los faraones egipcios, con la pequeña salvedad de que, en este caso, el infeliz seguiría no-muerto en su cautiverio para siempre... o hasta que Montreal cayera. Si se acordaba, tenía que preguntar a los Bibliotecarios acerca del tema.

Se adentraron por unas escaleras que descendían abruptamente hasta una zona de criptas. Continuaron sin cruzarse con nadie a través de pasillos altos y abovedados, adornados con bajorrelieves y estatuillas de criaturas sobrenaturales. Aquí y allá, parecían contar historias antiguas y escenas, seguramente relacionadas con el Libro de Nod y el Sabbat.

-Esto es increíblemente bello. – apuntó Lilith. Se mostraba sobrecogida por la grandiosidad de lo que tenían frente a ellos. En su silencio, el resto de la cofradía, parecía confirmar las palabras de la tremere antitribu.

-Shhh. – La Bestia, sin embargo, no lucía exactamente embelesado, sino más bien algo desencajado. – ¿Ess qui no escuchiais essoss lamientoss?

Las palabras de su camarada hicieron que Antonio De Paso agudizara sus sentidos. Y al hacerlo, pudo experimentar la inquietante letanía de susurros, quejidos y suspiros que reinaba en el ambiente. – La reconchuda madre que me parió, en mi no vida había oído cosas a cerca de defensas que atacaban a las mentes de los intrusos, pero esto es la melodía de ascensor más torturadora que escuché nunca.

-Son los sollozos de miles de niños que sufrieron la gran epidemia de cólera que asoló Montreal - La voz suave y melodiosa con ligero acento francés provenía de un varón de pelo azabache y ojos verdes que había surgido de un corredor aledaño. Bien vestido y engalanado al estilo de un estudiante de colegio mayor, miraba con una sonrisa picarona a los perplejos cainitas de Silver Rockets. Tras efectuar la serie ritual de señas Sabbat, de un modo amanerado, pensó el templario, prosiguió su perorata. – A algunos de ellos los enterraron vivos, debido a que los doctores, temiendo el contagio, les declararon muertos antes de tiempo. ¿No es delicioso? – Su sonrisa no desapareció cuando, tras comprobar que las señas eran correspondidas, extendió su mano como para que se la besaran y añadió: - Sebastien Goulet, para serviros.

Nadie se movió ni habló durante unos siguientes incómodos momentos.

- ¿Esstia es la siegurridad del refughio comunial? – Bestia, como siempre, hizo gala de su gran sentido de la cortesía y cordialidad.

El cainita, sin dejar de sonreír, retiró la mano lentamente, justo en el momento en el que otros dos vástagos aparecieron flanqueándole provenientes del mismo pasillo del que él había surgido. Una joven de apariencia adolescente, con la cara repleta de piercings y el pelo rubio rojizo los observo uno a uno sin mucho interés, casi con desdén, hasta que descubrió entre ellos a Lilith, a la que dirigió una mirada más atenta. El otro, varón, de cara afeitada y aspecto deslustrado, mostraba marcas y cicatrices de alguna enfermedad bajo su escaso pelo castaño y una mirada esquiva.

-Montreal lleva controlada por el Sabbat cientos de años, Monsieur. Habéis respondido a las señas decentemente, qué puedo decir... soy confiado, mmmh. Si sois enemigos que venís a pelear, por favor, buscad a alguien que le interese, jajaja - Goulet hablaba como si de un actor se tratase, interpretaba todo su discurso de manera teatral y ampulosa.

-Puedo asegurar que ese no es el caso. - Se adelantó a decir el ductus. – Mi nombre es Pantera y esta es mi cofradía, los Silver Rockets. Somos una manada nómada y acabamos de llegar a la ciudad. Disculpa si nuestras maneras no son afines a las de aquí, pero venimos de muy lejos y queríamos presentarnos a la Arzobispo Valez en primer lugar, para no faltarle al respeto.

-Pues estáis de suerte, su señoría se encuentra ahora mismo en el cubil. Acabamos de celebrar el brindis de media noche con su manada. Más tendréis que esperar un poco. Tras el brindis, siempre hay quien solicita audiencia. Carolina es una líder muy ocupada y más en estos momentos... – El locuaz cainita pareció morderse la lengua cuando se dio cuenta de que estaba hablando con desconocidos, aunque Antonio De Paso no podía asegurar si se trataba de una pose y en realidad, les estaba diciendo exactamente lo que quería que oyesen.

- ¿Es que son momentos delicados? – Se atrevió a soltar.

La pregunta provocó que Sebastian Goulet levantase las cejas y abriese mucho sus impresionantes ojos. - ¿Delicados?, jajajaja. – A su vez, la cainita de los piercings, torció el gesto en una sonrisa sarcástica, pero no se dignó a hablar.

-Sí, podría decirse así. Jijiji, pero dónde están mis modales. Hum - Silver Rockets, esta es mi manada. Las Reinas de la Misericordia. Mi adorada Caroline Bishops y Alex Camille. Ahora mismo nos dirigíamos a una fiesta en el Heaven, nuestro actual refugio. Os invitaría a venir, pero no sé si nuestras maneras serán de vuestro agrado...

-Seguro que encontramos un momento para pasarnos – Auguró Lupus, visiblemente excitado por la proposición y cogiendo a Lilith por la cintura, añadió: - ¿Verdad cariño? – mientras le guiñaba un ojo a la tal Caroline. La Bestia, en cambio, continuaba más preocupada en intentar averiguar de dónde venían aquellos incesantes murmullos y Quatemoc se mantenía como siempre en silencio, observándolo todo.

-Perdoname la pregunta, antes de que os vayáis. – De Paso estuvo rápido intentando sacar la mayor información posible antes de perder una fuente que parecía jugosa. - Pero, dijiste que la Arzobispo estaba en su cubil, ¿Es que ella tiene aquí su refugio?, ¿en el Templo? – Era una información que el tzimisce ya conocía, pero sabía que, hablando de ello, además de confundir a su interlocutor a cerca de cuánto sabían ellos, podía hacer que dijese algo que no sabían.

-Algunas cofradías tienen aquí sus refugios, en efecto. En La Capilla de Caín, en el Alexandrium... Y la Arzobispo Valez, en el mismo Mausoleo, tras el estrado. Tiene hasta un jardín subterráneo. Exquisito, diría yo. Pero supongo que estáis a punto de conocerlo, jajaja. – Goulet no perdía la sonrisa, aunque, el tzimisce podía observar que sus cofrades estaban impacientes y no se sentían cómodos en aquella situación, por el motivo que fuese. – No quisiera ser descortés, pero nosotros tenemos que irnos. Aguadad un segundo, avisaré a Gharston y él se ocupará de vuestra petición de audiencia. Esperadme aquí, mon amours. – Les dijo a sus compañeros.

La situación se volvió algo más incómoda ya que ni Bishops ni Camille parecían tener ningún interés en mantener una conversación, es más, ni siquiera entre ellos. Era como si, cuando no estaba su ductus, no se molestasen en parecer de la misma manada. Pero ambos permanecieron muy serios y altivos. Después de todo, aquella era su ciudad.

- ¿Y quiómo pueden dorrrmirrr aquí con esste maldito riuido? – El tzimisce ya tenía tema para toda la noche.

-Seguro que cuándo te acostumbras es como una nana, ¿eh?, jejeje. – Lupus seguía mirando a los cainitas de Las Reinas, intentando hacer contacto visual en pos de entablar algún tipo de conversación, sin embargo, la tarea parecía harto complicada. – Con un buen ritmo de fondo, du di du di du, chica bum chica bum bum, tara tara ta. -

Estaba claro que allí había poco filin. Y el ambiente se mantuvo enrarecido hasta que Goulet reapareció con un cainita alto y moreno que debía ser el tal Gharston. El cabello oscuro le caía hasta los hombros y lucía un bonito tatuaje de un dragón enroscado en su mejilla, bajo unas gafas redondas metálicas de sol y una larga perilla. Junto a él, dos canes de la raza pitbul, seguramente ghouls, olfateaban el ambiente y se sentaron a un lado a su señal.

- ¿Son ellos? – Pregunto de forma totalmente innecesaria. Su largo abrigo de cuero dejaba entrever unos desgastados tejanos y dos pistolas 9 milímetros en sobaqueras que no pasaron desapercibidas al tzimisce.

-Silver Rockets, os dejo con nuestra seguridad – Por supuesto, Goulet miraba a La Bestia cuando dijo estas palabras. – Gharston Roland, lo más parecido a un policía que tenemos por aquí, jijii. Nosotros nos abrimos. Hasta la vista, queridos. – cogió por los hombros a sus dos reinas y se dirigió por el pasillo por el que ellos habían venido.

- ¿Cómo decís que os llamáis? – El alto cainita, sacó una pequeña libreta y comenzó a anotar. Las presentaciones se volvieron monótonas y repetitivas. Y excepto cuando Lupus le preguntó por los nombres de los perros, hubo poca conversación por su parte. Según les contó, él mismo pertenecía a la manada de la Arzobispo, Los Ángeles Perdidos. Durante la breve conversación, les condujo por un corredor a través de algunas criptas hasta el Mausoleo. Cuando hubieron alcanzado la sala principal, aún tuvieron que hacer tiempo, pues Valez seguía reunida. La espera junto al taciturno vástago y sus sabuesos, tampoco fue en ningún modo enriquecedora en cuanto a obtención de información. Una vez hubo comprobado que los cainitas de la manada recién llegada no parecían querer causar problemas, solo hablaba con los perros como si fueran sus hijos y parecía impaciente por poder largarse de allí cuanto antes. Debía tener asuntos más importantes que atender.

Aunque, quizás el motivo por el que los Silver Rockets apenas hablaron, podía deberse también a que estaban bastante fascinados con la visión que tenían frente a sus ojos. La impresionante sala principal del Mausoleo medía unos veinticinco metros de altura, tenía cabida para unas quinientas almas, según calculó De Paso y su decoración, entre clásica y gótica, contaba a lo largo de sus muros, con numerosas e imponentes estatuas de ángeles, cainitas y demonios y estaba coronada por una majestuosa vitrina que mostraba una escena de la Gehena, justo encima de un trono de huesos, esculpido sobre un estrado. Tres de sus cuatro paredes albergaban dos niveles de criptas. Las superiores, eran accesibles mediante dos

escaleras de caracol que formaban arriba una balconada que lo dominaba todo. Y precisamente de allí vino el ruido que le despertó de sus cavilaciones finalmente. Unas puertas se abrieron con estruendo y unos pasos resonaron con fuerza en el eco de la gran sala.

Primero, un tipo corpulento, de melena rubia sobre los hombros bajó airado las escaleras con semblante visiblemente contrariado. Con una ropa de soldado de la primera guerra mundial que desentonaba un poco con la época, pasó frente a ellos sin apenas mirarlos ni mucho menos pararse a saludar. Iba mascullando para sí maldiciones que De Paso no logró descifrar.

Detrás y más calmado, bajaba otro cainita todavía más grande, un gigante de casi dos metros vestido con ropa casual. Llevaba el cabello moreno corto y peinado hacia atrás y gafas a la moda. Pero él sí se paró cuando vio a los visitantes desconocidos. Se bajó las gafas, para observarles mejor, mostrando una mirada de depredador y una irónica sonrisa bastante intimidantes en opinión del templario.

-Vaya, vaya. Por si no hubiese bastantes problemas, parece que ahora tenemos visita. – Pese a sus palabras iniciales y su intimidante aspecto, el enorme vástago se mostró bastante amable y tras las presentaciones de rigor, por las cuales averiguaron que se trataba de Miguel Santo Domingo, sacerdote y en aquel momento, líder en funciones de la manada de Los Navegantes, les ofreció su hospitalidad invitándoles a pasarse cuando tuvieran tiempo por su refugio. Según les explicó rápidamente, aunque no tuviera la fama y la importancia de la Capilla de Caín o el Alexandrium, su barco, el Lisbon, amarrado en el puerto, era también historia viviente de la secta.

Cuando se hubo marchado, De Paso coincidió con Lupus y Lilith en que aquel tipo parecía de fiar y simpático. En aquel momento, la visita al refugio de los Navegantes le pareció bastante más apetecible que una noche de fiesta con las Reinas. Pero mientras debatían aquellos pareceres, un hombre con capa, de cabello gris y rostro cuadrado, se asomó por la balaustrada e hizo una seña a Gharston Roland, tras lo cual, volvió a desaparecer.

-Es vuestro turno. – Apuntó el vástago del dragón en la mejilla- Esperad aquí, la Arzobispo bajará enseguida.

Unos minutos más tarde, el cano personaje que se había asomado, bajaba la escarpada escalera de caracol, aferrado a la balaustrada, escoltando a una menuda cainita que quedaba

en parte oculta tras su capa. Al llegar a los últimos peldaños, con el último giro, De Paso pudo ver finalmente, el rostro de Carolina Valez. La radiante vástago que gobernaba Montreal, poseía una belleza exuberante. Su vestimenta, enseñaba todo lo posible su piel olivácea, que conservaba incluso en su actual condición, con prendas transparentes bajo otras de cuero negro, a juego con el cabello. Su gracilidad, sensualidad y aparente dulzura, no encajaban con la idea que el tzimisce se había hecho de ella, a partir de lo que el cardenal le había transmitido.

De Paso intercambió una mirada inicial de incertidumbre con Lilith pero, tras sentarse en el trono, los ojos color esmeralda de Carolina, adquirieron una expresión que provocó un escalofrío en el templario. La lasombra los observó a todos detenidamente, uno por uno, sin decir nada. Su compañero, de pie junto a ella, mantenía un rictus grave, de seriedad educada en otro siglo, se dijo. Debía de tratarse de Tobías Smith, si no le fallaba la memoria y la percepción. El propio sire de Valez, pertenecía a su manada y casi nunca se separaba de su chiquilla.

-Según me han dicho sois una manada de Méjico. No recuerdo haberos visto a ninguno en DF. -
La Arzobispo sonaba fría y distante.

-Somos de Tijuana, pasamos por DF cuando su excelencia ya no se encontraba allí, pero oímos hablar mucho de usted. – Se atrevió a decir el tzimisce. El resto se mantuvieron callados.

El semblante de la Arzobispo, apenas se inmutó con la respuesta.

-Como habréis podido observar, estoy muy ocupada en estas noches. Hay demasiados problemas, demasiados frentes abiertos como para poder atender como debería a unos visitantes inesperados. Así que, de momento, trataremos tres asuntos fundamentales:

-En primer lugar, me gustaría saber por qué aparecéis precisamente ahora y si venís de parte de alguien o invitados por alguien de aquí. Y sabed que se me da bien leer las mentiras y las medias verdades. - La postura de Carolina, con las piernas separadas y sus manos sobre los apoyabrazos del trono, le otorgaban un aire de firmeza y seguridad innegables. Fruto del estudio, pensó el templario. Pantera, adoptando una pose de falsa relajación, más improvisada, soltó su aprendido discurso:

-Venimos a sabiendas de que pronto se celebrará el festival de la Apertura de la Letanía de la Sangre y de paso, a conocer, de primera mano, a algunas de las personalidades y manadas más famosas del Sabbat, alentados por el consejo de un amigo suyo, si no me equivoco; el Cardenal Kyle Strathcona nos habló de las maravillas que encontraríamos en su ciudad y del conocimiento e inspiración que podríamos hallar en sus calles. Además, un nosfe antitribu llamado Polidori nos dio su bendición en la frontera y nos dijo que te lo transmitiéramos.

Valez se mostró indiferente al comentario sobre el nosferatu, aunque pareció que el puzle le encajaba cuando levantó su fina ceja derecha al decir:

-Oh, entonces es eso. El viejo Cardenal está preocupado, ¿eh? La pregunta es, si os ha enviado a ayudarme, a vigilarme o a traicionarme...

Cuando Pantera se disponía a replicar, ella efectuó un ademán con la mano instándolo a que no lo hiciera y prosiguió - De un modo u otro, la segunda cuestión es dónde os alojaréis y por cuanto tiempo. Pero esa la responderé yo misma, teniendo en cuenta lo que ya sé y haciendo uso de mi potestad.

-Os alojaréis en el refugio comunal, en la sala que más os guste, de las que poseemos para los invitados. Podréis acondicionarla como deseéis, para protegeros y estar cómodos. Marie-Helène os servirá de guía para mostraros las salas disponibles donde ubicar vuestro refugio temporal en el Mausoleo. Ve a buscarla, Roland. – El cainita, que había permanecido callado, junto a sus animales, tras los Silver Rockets, cabeceó en ademán servil y se marchó por la entrada que habían usado al llegar. De Paso, lo siguió con la mirada, pero Valez, prosiguió sin más dilación, volviendo a recuperar toda su atención:

-Tenéis permiso para andar por aquí hasta la celebración de la Letanía de la sangre, que se iniciará en un par de semanas. Creo que es tiempo suficiente para tratar los asuntos que os han traído aquí, aunque no descarto que pueda suceder algo, en este corto periodo, que os haga decidir abandonar Montreal antes de lo previsto. Las cosas andan algo revueltas. Si esto sucediese, os pido un favor: avisadme personalmente. Últimamente, ha habido varias desapariciones que no hemos logrado esclarecer y no me gustaría que nada les ocurriera a unos amigos del Cardenal que además están bajo mi protección. –

El tzimisce se percató de la fina sonrisa que apareció en sus labios con esta última frase. ¿Pretendía dar algo de calidez a sus palabras, o era, más bien, un gesto de ironía?

-Mientras habitéis en mi ciudad, respetareis los pactos establecidos- Continuó, volviendo a la expresión severa -Pedid permiso para entrar en los territorios de otras cofradías. No alborotéis demasiado al rebaño, si no es por una buena causa y si lo hacéis, que sea bajo tutela de alguna de las manadas residentes. Tened cuidado por donde cazáis y dónde practicáis ritos o juegos que puedan ser peligrosos o malinterpretados. Informaos antes de moveros por ciertas zonas que aquí consideramos 'peligrosas' o delicadas- Su mirada reflejaba preocupación real cuando añadió - Esto último no es ningún capricho ni exageración, creedme.

Pese a que La Bestia se revolvía, claramente incómodo, con la larga lista de reglas y consejos que, seguramente, lo estaban sacando de sus casillas, la sombra no se detuvo en ningún momento.

-En tercer y último lugar y para que no penséis que existe algún menosprecio o deslealtad de mi persona hacia ningún miembro del Sabbat, haré un hueco en mi agenda mañana mismo para reunirme con vuestro ductus y recoger, a través suya, cualquier petición o impresión que queráis trasladarme. Como ya he dicho, me hubiese gustado que las circunstancias fuesen otras y poder recibiros con una buena fiesta de bienvenida, pero por desgracia, ese no es el caso-

La Arzobispo Valez se levantó del trono con la misma premura con la que lo había ocupado, y cuando parecía que ya había terminado de hablar y que no dejaría turno para ninguna réplica, antes de volverse hacia la escalera, intentó adoptar una actitud más cálida diciendo:

-Dicho todo esto, espero que vuestra estancia en la ciudad de los milagros negros, sea algo que recordéis para siempre. Larga no vida al Sabbat –